Conversaciones

Por Víctor Márquez Reviriego

1982. Eran los últimos meses de UCD en el gobierno. En esa época estaban de mucha moda los libros de conversaciones con políticos. El cambio se presentía, y tenía un nombre: Felipe González. Hablar con él fue el encargo que me hicieron.

La tarea fue fácil y difícil a la vez. Fácil por la absoluta libertad y confianza en las conversaciones. Difícil porque resultaba complicado encontrar algunas horas para mantenerlas con él. Jamás me planteó condiciones, consejos, reservas o restricciones. Ni siquiera se trató de eso. Todo fue ponerse a hablar, sin más... Cuando podíamos, o pudo él.

Porque yo estuve dispuesto siempre: durante meses acudí, como siempre hacía entonces, a todas las sesiones parlamentarias, pues todavía existía mi revista Triunfo. Ahora lo hacía con un carterón preñado de papeles y con el indispensable magnetofón.

Un accidente –por fortuna no grave– facilitó las cosas: un pie lastimado al pisar mal obligó al futuro presidente a moderar la desmedida actividad de aquellos días, y permitió encontrar hueco para las últimas entrevistas, en su casa y en Miraflores de la Sierra, en el veterano chalet alquilado a medias con la diputada Carmen García Bloise. Pues lugares de conversación tuvimos tres: el piso de la calle Pez Volador, donde vivía, la sede del PSOE en Santa Engracia y Miraflores. En el Parlamento fue imposible. Aquellos días de 1982 fueron bastante agitados, para bien por cierto.

El libro, felizmente, pudo terminarse. Ciento ochenta folios de conversación. Lo cuenta Felipe González, en un breve prólogo de agosto, que me entregó manuscrito; último texto entonces de la obra (se cumplía la tradición de que los prólogos son escritos al final).

A lo hablado, yo añadí seis textos que Felipe ni siquiera leyó. Sí que lo hizo con la transcripción de las cintas, pues yo quise que diera su visto bueno. Fueron publicadas tal cual se hablaron, señalo... Salvo una pequeña cosa: me había contado un comentario del presidente Mitterrand sobre la premier Margaret Thatcher, que yo incluí. Tras leerlo, me dijo: <<No, esto no puede salir, porque es una confidencia personal>>. Así que lo suprimí, claro está (las quevedescas injurias de los años han borrado de mi vaga memoria la maldad del político francés; en la nebulosa del recuerdo sobrenada un tono machista sobre la británica. En algunas de las varias cintas permanecerá, supongo).

Finalmente, en septiembre, y ya en la propia sede de la editorial Argos en Barcelona, cuando andaba en la corrección de pruebas, escribí un personal y corto epílogo, ante la inesperada convocatoria de elecciones que el presidente Calvo Sotelo adelantó para el 28 de octubre.

Podría contar más cosas, pero mejor están en el libro. Digamos como en los viejos carteles taurinos: para más detalles véase programa de mano. O sea, el propio libro. También breve.